

Capítulo segundo

Populismos nacionalistas, una marea que vuelve

Eva Borreguero Sancho

Resumen

¿Cómo se comprende el resurgir de los populismos nacionalistas en Estados Unidos y Europa? ¿Tiene su origen en la precariedad económica instrumentalizada por los líderes populistas que articulan el malestar social en un lenguaje nacionalista? ¿O por el contrario la identidad genera una percepción de agravio que distorsiona los hechos objetivos? Este documento examina los diferentes marcos explicativos del fenómeno de los populismos nacionalistas en Estados Unidos y la Unión Europea desde la perspectiva economicista y la cultural e identitaria. En la primera parte se lleva a cabo una breve descripción de las aproximaciones teóricas y conceptuales. A continuación se identifica la argumentación economicista –que incluye el impacto de los cambios demográficos, movimientos migratorios, y los desajustes creados por la globalización– y posteriormente las tesis culturales e identitarias. Finalmente presenta una hipótesis alternativa que resalta la complementariedad de los diferentes enfoques.

Palabras Clave

Populismos nacionalistas, crisis económica, migración, identidad, Europa, Estados Unidos.

Nationalist populisms, a tide that turns back

Abstract

How to explain the resurgence of nationalist populism throughout USA and Europe? Is it caused by economic scarcity and then instrumentalized by populist leaders to feed their nationalist rhetoric? Is it rooted in a perception of grievance shaped by identity? This paper explores different explanatory frameworks on the rise of nationalist populism across the United States and the European Union, including economicist, cultural and identity perspectives. The paper first provides an overview of the theoretical and conceptual approximations to the study of populism. Next it identifies the economic approach, including the impact of demographic changes, migratory movements, followed by cultural and identity thesis. Finally, it concludes with an alternative hypothesis that emphasizes the complementarity of the different approaches.

Keywords

Nationalist populism, financial crisis, migration, identity, Europe, U.S.A.

Introducción

Tras la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin de la Guerra Fría se anunció el triunfo final de la democracia liberal. La globalización se equiparó con la expansión mundial del capitalismo en un mundo ineludiblemente interconectado y crecientemente integrado. Lo realmente acontecido desde entonces nos coloca en un escenario global de pugna hegemónica por el poder, en algunos casos con un carácter regresivo. Dos rasgos prominentes de esta transición hacia un nuevo orden mundial de incierto porvenir son el resurgir de los populismos nacionalistas y la deriva autoritaria de dirigentes eminentes. En países estratégicamente clave, como China, el afianzamiento del liderazgo autoritario propiciado por Xi Jinping ha ido de la mano de un nacionalismo de reminiscencias imperiales, al igual que en Rusia con Vladímir Putin o en Turquía con Tayyip Erdogan. En Estados Unidos sorprendió la aparición del movimiento ultraconservador Tea Party y posteriormente la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de 2016. En la Unión Europea los ejemplos son numerosos: la victoria del PiS (Ley y Justicia) de Jaroslaw Kaczynski en Polonia, Viktor Orban en Hungría, la subida del Frente Nacional en Francia, el Movimiento 5 Estrellas y la nacionalista Liga en Italia, el partido Vox en España, el referéndum a favor del Brexit en el Reino Unido y, la entrada en septiembre de 2017 en el parlamento alemán de Alternativa por Alemania (AfD), que acabó con la creencia de que ningún partido populista podría llegar a ser un actor de peso en la política alemana después del horror del nazismo.

A lo largo y ancho de Europa desde 1960 a 2015 el voto de los partidos populistas en las elecciones parlamentarias nacionales y europeas ha pasado del 5,1% al 13,2%¹, y va en aumento. Ningún analista pudo anticipar la recesión de valores que ha tenido lugar en países que han sido cuna de la democracia e incluso fundacionales del orden liberal mundial. En algunos casos la impredecibilidad ha derivado en desaciertos memorables. Antes de las elecciones presidenciales de 2016, el *New York Times* avanzó que Hillary Clinton tenía un 85% de posibilidades de ganar frente al 15% de Donald Trump². En el Reino Unido, también fracasaron quienes confiaron en la derrota del Brexit, comenzando por su artífice, el primer ministro David Cameron. ¿Cómo pudo convertirse Donald Trump en presidente contra todo pronóstico? ¿Cuáles son las causas del auge del populismo en Europa en la última década?

Las respuestas a estas preguntas se centran en diversas variables explicativas: problemas económicos derivados de la gestión de la crisis financiera

¹ INGLEHART, R. F.; NORRIS, P. «Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash», *HKS Working Paper No. RWP16-026*. 6 Aug 2016 en https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2818659.

² KATZ, Josh. «Who Will Be President?». *The New York Times*, 8 noviembre 2016, <https://www.nytimes.com/interactive/2016/upshot/presidential-polls-forecast.html>.

y aumento de las desigualdades; consecuencias de la globalización; crisis de las instituciones democráticas y sus representantes; cambios demográficos y movimientos migratorios. También entran en juego otras hipótesis que agrupan estas variables y añaden nuevas. En términos generales el debate se centra en un eje binario ¿Economía o cultura? ¿Perspectiva marxista o weberiana? Esta distinción entre las teorías economicistas y culturales no implica en la práctica una divisoria excluyente, más bien al contrario, numerosos autores reconocen la interdependencia y solapamiento de los factores económico y cultural. Existe correlación, aunque se difiere en la causalidad.

Conceptos y marcos teóricos

El populismo ha sido conceptualizado, entre otros, como movimiento, estrategia política e ideología. El término se utiliza para describir a partidos de la extrema izquierda y derecha, candidatos presidenciales de Estados Unidos, defensores de la salida del Reino Unido de la UE, caudillos en América Latina, etc. No existe una definición consensuada del populismo. Las críticas más comunes que plantea la utilización académica del término se refieren a su carácter amplio y genérico, por lo que se podría aplicar a otras formas políticas. Ante la falta de acuerdo académico para definir los atributos del populismo, el estudio de los casos se aborda desde diferentes marcos teóricos.

Desde los estudios sociológicos, Edward Shils³ alega que el rasgo central del populismo es su reivindicación de la supremacía de la voluntad del pueblo. Esta definición plantea el inconveniente de ser también aplicable a otras formas políticas como la democracia o el fascismo.

El enfoque de la acción/voluntad popular, representado en la obra de Lawrence Goodwyn⁴, afirma que el populismo es el resultado de la interacción de la población con la política. Una fuerza de movilización positiva en el desarrollo de las democracias que defiende los intereses comunes. En esta línea, el trabajo de Ernesto Laclau⁵, centrado especialmente en los estudios de política latinoamericana y de Europa occidental, considera al populismo como una fuerza emancipadora de «la gente» que recurriendo a tradiciones de protesta popular activas en las sociedades, presenta un desafío a la autoridad establecida.

Jan-Werner Müller, por el contrario, valora el populismo como un fenómeno negativo, incompatible con la esencia de la democracia, de modo que cuando se da en un marco electoral, (Viktor Orban en Hungría, Hugo Chavez en

³ SCHILS, Edward A. *The torment of secrecy. The background and Consequences of American Security Policies*. Glencoe, IL. USA: The Free Press 1956.

⁴ GOODWYN, Lawrence. *Democratic Promise: The Populist Moment in America*. New York: Oxford University Press 1976).

⁵ LACLAU, Ernesto. *La razón populista*. Argentina: Fondo de Cultura Económica 2005.

Venezuela o Tayyip Erdogan en Turquía) nos encontramos frente a lo que denomina «democracias defectuosas»⁶.

Para Margaret Canovan⁷, la utilización académica del concepto cubre acontecimientos muy diferentes entre sí que por lo general no comparten ideología, programa económico, base social o estilo. Únicamente coinciden en la utilización de una retórica anti-elitista de exaltación popular, que con el pretexto de recurrir al pueblo produce una reacción emocional políticamente movilizadora⁸. A partir de esta definición de mínimos, el estudio del populismo se llevaría a cabo mediante una tipología fenoménica descriptiva, que no explicativa, partiendo de categorías que acomodan la diversidad y se relacionan contingentemente entre sí.

Guy Hermet⁹ aduce que el populismo se ha de interpretar desde un registro temporal, no topográfico, ni ideológico ni institucional. El fundamento del populismo reside en un estilo de comunicación directa entre el líder y las masas que transmite un carácter de inmediatez en la realización de expectativas, llegado el caso de alcanzar el poder. Aludiendo a Benjamin Constant y su comparación entre la «libertad de los antiguos» y la «de los modernos», Hermet habla de un populismo de los antiguos frente a otro de los modernos. El primero destaca por expresar la protesta de las masas desheredadas contra las élites acomodadas, es inclusivo e igualitarista. El populismo de los modernos expresa la ira de los pobres, pero también la rabia de clases sociales que no son indigentes «ante las concesiones a su parecer inmerecidas, otorgadas por los gobernantes a los más desposeídos»¹⁰, en concreto los inmigrantes recientes y de procedencia lejana que perciben como una amenaza a la comunidad nacional. También, en el caso de los votantes franceses del Frente Nacional, se da un rechazo hacia el cosmopolitismo de los «tecnócratas de Bruselas», y en general un rechazo a la población alóctona¹¹ en camino de convertirse en mayoría. El populismo de los modernos no sigue la dicotomía ricos/pobres, sino que enfrenta una población semi-acomodada a «los desfavorecidos con quienes no se sienten de ninguna manera solidarios»¹².

⁶ MÜLLER, Jan-Werner. *What is Populism?* Philadelphia; University of Pennsylvania Press 2016.

⁷ CANOVAN, Margaret. «Two Strategies for the Study of Populism». *Political Studies*, vol. 30, n.º 4. 1982, pp. 544–552, <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.1982.tb00559.x>.

⁸ CANOVAN, Margaret. *Populism*. New York: Harcourt Brace Jovanovich 1981.

⁹ HERMET, Guy. «El populismo como concepto», en *Populismo, democracia y buena gobernanza*. España: El Viejo Topo 2008.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 25.

¹¹ Personas que han nacido en un lugar distinto del que han establecido su residencia habitual.

¹² *Ibíd.*, p. 26.

Aquellos autores que adoptan el enfoque de las ideas, definen al populismo como una ideología. Mudde y Kaltwasser¹³, lo conciben como un discurso, ideología o visión del mundo «delgada», que en última instancia separa a la sociedad en dos grandes campos homogéneos y antagonistas, «a gente pura» versus «la élite corrupta» y que argumenta que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* del pueblo. El carácter «delgado» y no sistemático de esta ideología le permite adaptarse a circunstancias históricas concretas y adherirse a otros conceptos e ideologías, incluidas el neoliberalismo y el socialismo.

Finalmente, populismo y nacionalismo se refieren a fenómenos diferentes. El populismo no es necesariamente nacionalista. Y se puede ser nacionalista sin defender posturas populistas, valorando los intereses nacionales sin que estos sean exclusivos de un grupo. Pero existe una categoría del populismo nacionalista¹⁴ que se corresponde con la tendencia en la política internacional hacia un nacionalismo que recupera ideas de la extrema derecha como la desconfianza hacia las instituciones internacionales, el proteccionismo económico y la hostilidad hacia los movimientos migratorios. Esta modalidad de populismo «prioriza la cultura y los intereses de la nación, y promete dar voz a las personas que sienten han sido abandonadas e incluso despreciadas por las élites distantes, y a menudo corruptas»¹⁵. El populismo puede acoplar contenidos y definiciones del nacionalismo a su agenda.¹⁶ Para Francis Fukuyama¹⁷, el nacionalismo populista del s. XXI se caracteriza por tres rasgos específicos: la presencia de líderes que se escudan en la legitimidad en las elecciones para acceder al poder; que afirman tener una conexión carismática con el «pueblo», al que definen en términos étnicos excluyentes; y a quienes les disgustan las instituciones que garantizan el cumplimiento del Estado de derecho, y en consecuencia, buscan la forma de esquivar los mecanismos de control, como la prensa o tribunales.

Aproximaciones economicistas

El criterio economicista afirma que los populismos reflejan las crecientes desigualdades económicas en las sociedades desarrolladas. Las transfor-

¹³ MUDDE, Cass; ROVIRA KALTWASSER, Cristobal. *Populism. A Very Short Introduction*. New York: Oxford University Press 2017.

¹⁴ Müller, Jan-Werner. «False Flags: The Myth of the Nationalist Resurgence», *Foreign Affairs*, Mar/Apr 2019, pp. 35-41, <https://search.proquest.com/socscijournals/docview/2186099905/C2521807236F4C83PQ/4?accountid=14514>.

¹⁵ EATWELL, Roger; GOODWIN, Matthew. *National Populism. The Revolt Against Liberal Democracy*. Great Britain: Penguin Random House 2018.

¹⁶ LÓPEZ-ALVES, Fernando; JOHNSON, Diane E. (eds.). *Populist Nationalism in Europe and the Americas*. New York: Routledge 2019.

¹⁷ FUKUYAMA, Francis. «The Populist Surge». *The American Interest*. 02/09/2018, <https://www.the-american-interest.com/2018/02/09/the-populist-surge/>.

maciones económicas a su vez están relacionadas con otros factores como las crisis políticas e institucionales, los cambios demográficos, los movimientos migratorios y los efectos de la globalización en sus distintas vertientes.

Estas disparidades en la distribución de la riqueza han sido representadas en el «gráfico del elefante» de Milanovic¹⁸, que mide la evolución de los ingresos reales entre 1988 y 2008 e ilustra cómo el 1% más rico de la población había visto crecer sus ingresos más del doble que el 50% de la más pobre. La globalización habría transformado la estructura de reparto de riqueza, con los ganadores concentrados en el 1% más rico del mundo y las clases medias de las economías emergentes, en concreto China, India, Indonesia y Brasil. Por el contrario la clase media de los países desarrollados ha sido la más castigada con unos ingresos reales estancados. Las tendencias del gráfico de Milanovic fueron posteriormente corroboradas y ampliadas por un grupo de economistas autores del «Informe de Desigualdad Mundial de 2018»¹⁹ que extendía la información hasta el 2016.

Thomas Piketty²⁰ atribuye al modelo económico liberal la desafección y criminalización de los inmigrantes que caracteriza a los movimientos populistas. Para Piketty en las últimas décadas se ha producido un aumento de la inequidad, causado en parte por la globalización que facilita el movimiento transfronterizo de activos financieros y la sustracción del pago de impuestos de las grandes multinacionales. Esta economía de mercado sin control (el neoliberalismo) converge con fuerzas importantes, entre ellas la difusión del conocimiento, pero también acusa movimientos divergentes que representan una amenaza para las sociedades democráticas y para los valores de justicia social. La principal fuerza desestabilizadora está relacionada con el hecho de que la tasa de crecimiento del capital financiero es más elevada que la de producción e ingresos económicos producidos por el trabajo, lo que se traduce en una desigualdad creciente entre los que poseen el capital patrimonial y la clase productiva y trabajadora²¹. El sentimiento de desposesión se explica por la disociación que se ha producido en los países ricos, donde las fortunas están muy concentradas, entre la política y los grandes patrimonios. La riqueza se ha quedado en manos de las fortunas privadas y no se ha destinado a fondos soberanos para, por ejemplo, ayudar a países en situación de crisis, como fue el caso de Grecia. La exención tributaria de estos patrimonios produce una pérdida de soberanía democrática²².

¹⁸ LAKNER, Cristoph; MILANOVIC, Branko. «Global Income Distribution: From the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession». *The World Bank Economic Review*, Volume 30, Issue 2. 2016, pp. 203–232, <https://academic.oup.com/wber/article-abstract/30/2/203/2224294?redirectedFrom=fulltext>.

¹⁹ ALVAREDO, F.; CHANCEL, L.; PIKETTY, T.; SAEZ, E.; Zucman, G. «2018 World Inequality Report». *World Inequality Lab*. 2017, <https://wir2018.wid.world/>.

²⁰ PIKETTY, Thomas. *El capital en el s. XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica 2014.

²¹ *Ibid.*, p. 643.

²² *Ibid.*, p. 512.

El economista francés propone un programa de distribución de la riqueza²³ que implementa medidas fiscales y políticas, vinculadas con la tributación progresiva y la creación de nuevas tasas para las grandes fortunas.

John Judis²⁴ enfatiza también el componente socioeconómico de las tendencias populistas. Su punto de partida es el desvío de demócratas, laboristas y socialdemócratas de las políticas keynesianas hacia las ideas neoliberales que han terminado por imponerse entre los partidos políticos. El populismo sería una manifestación del malestar producido por estos cambios. Esta neoliberalización de los partidos de izquierda evidencia su fracaso a la hora de plantear una crítica sólida al capitalismo global, fracaso aprovechado por los movimientos populistas para criticar los efectos del capitalismo global en clave xenófoba y etno-nacionalista. En la década de los 90 el neoliberalismo no planteó mayores problemas, por lo que el populismo mantuvo un perfil bajo. A raíz de la crisis del 2008 surgieron en Estados Unidos y Europa formaciones populistas de derecha e izquierda. Los populismos son sintomáticos de crisis estructurales y aparecen en circunstancias específicas. Como tales hay que prestarles atención.

Los gobiernos «han fallado en la justicia distributiva, no en el reconocimiento cultural»²⁵, aduce Jan-Werner Müller. Lo que generalmente se presenta como un conflicto entre las áreas rurales y las grandes ciudades es en realidad una lucha por la distribución de recursos y oportunidades, que termina por afectar a cuestiones como el precio del transporte, el estado de los bancos o las políticas de vivienda en las grandes ciudades. Los medios de comunicación y académicos, al definir el problema en términos culturales y de identidad, alimentan una especie de profecía que se autocumple y fortalecen un lenguaje populista basado en la identidad con el que cada vez se identifican más personas. En el caso concreto de los países del Este de la Unión Europea el surgimiento de políticas iliberales es una respuesta a la crisis del euro, sobre la que influyen diferentes factores contingentes entre los que destacan la moneda, las políticas económicas, el modelo social y el proceso de integración de los distintos países desde 1950. Todo junto daría lugar a una «tormenta política y económica perfecta»²⁶. La creación del euro dio por hecho que se produciría una convergencia de las economías de la eurozona. Pero esto no ha ocurrido, más bien al contrario, se ha producido una divergencia en cuestiones como la inflación. Al fallo en el diseño de las instituciones europeas, como el Banco Central Europeo, creado según el modelo

²³ PIKETTY, Thomas. «Manifiesto por la democratización de Europa». 19 noviembre 2018, <http://tdem.eu/es/manifiesto-por-la-democratizacion-de-europa/>.

²⁴ JUDIS, John B. *The populist explosion: How the great recession transformed American and European Politics*. New York: N.Y. Columbia Global Reports 2016.

²⁵ MÜLLER. «False Flags».

²⁶ MÜLLER, Jan-Werner. «Europe's Perfect Storm: The Political and Economic Consequences of the Eurocrisis» *Dissent*. Philadelphia: Fall 2012, pp. 47-50,53, <http://muse.jhu.edu.bucm.idm.oclc.org/article/486343>.

del banco central alemán, que sí tiene capacidad de establecer el interés del dinero en la eurozona pero carece de un mandato para promocionar el crecimiento de la región, se une la interacción de los mercados financieros que ayudaron a extender la crisis o la irresponsabilidad de los bancos, como fue el caso de España. El malestar resultante se ha traducido en la aparición de políticas iliberales en Rumania y Hungría.

En el caso de Hungría, representaba uno de los países que mejor había llevado a cabo la transición del socialismo de Estado al liberalismo. Contaba con una sociedad civil fuerte que rechazó el autoritarismo soviético sin renunciar a los ideales de justicia social. La aparición en la escena política de Viktor Orbán, el actual primer ministro de Hungría por el Partido Fidesz, supuso el desmantelamiento del constitucionalismo en un proceso tildado de «putinización» por el semanal *The Economist*. Entre las causas que explican su triunfo, destaca la desastrosa gestión económica del gobierno socialista que llevó al país al borde de un desastre financiero en 2009, y las medidas de austeridad impuestas tras el rescate. Situación que proporcionó un caldo de cultivo al nacional-populismo, cuando los políticos socialistas comenzaron a ser percibidos como socios de las multinacionales y defensores de los intereses de los burócratas neoliberales de Bruselas. Para Müller, la ideología y estrategia de Orbán se diferencia de las de Berlusconi en Italia o Geert Wilders en Holanda en que apela a un nacionalismo activista, lo que los alemanes denominan *Bürgerlichkeit*, esto es, un ideal de trabajo esforzado, arraigado en valores familiares y de compromiso cívico. Parte de la responsabilidad recaería sobre los gobiernos europeos que han forjado un proyecto de unión económica pero no político, un «experimento financiero de federalismo sin Estado federal»²⁷. La solución pasaría por reforzar la integración política de la UE y formular un liberalismo progresista «atractivo, popular pero no populista»²⁸.

Movimientos migratorios y cambios demográficos

La mayoría de los estudios reconocen que la inmigración juega un papel central en el ideario populista. Bien sea como elemento detonante, por sus consecuencias económicas sobre los sectores más desfavorecidos de los países receptores, o por los dilemas que puede plantear la asimilación de colectivos con valores que suelen percibirse como incompatibles con los liberales. Los partidos de la izquierda, tradicionalmente defensores de los derechos de los inmigrantes, no abordan este malestar de los ciudadanos por tener un elevado coste político. De este modo están dejando un vacío temático que es ocupado por los partidos populistas más extremos que por un lado lo explo-

²⁷ MÜLLER., p. 53.

²⁸ MÜLLER, Jan-Werner. «The Hungarian Tragedy», *Dissent*, Volume 58, Number 2. University of Pennsylvania Press, spring 2011, <http://muse.jhu.edu.bucm.idm.oclc.org/article/423954>.

tan irresponsablemente, en nombre de la defensa de los intereses nacionales, pero por otro cubren cuestiones que preocupan a los votantes y que los dirigentes convencionales no se atreven a tratar.

El extremismo y autoritarismo que ha surgido a partir del 2005 tiene un origen social y económico, afirma David Frum. Pero es la inmigración «la chispa que comienza el gran incendio»²⁹. Para este analista se está produciendo un aumento de migración global sin precedentes que acarrea un amplio rechazo en el seno de los países receptores. Frum defiende que la preocupación de los ciudadanos por los movimientos migratorios es legítima y se fundamenta en cambios verificables. Los movimientos migratorios que provienen del sur han aumentado desde 1990. Puede haber una oscilación anual, con unos años en los que aumenta y otros en los que decrece, pero la tendencia general es al alza. Según un informe del Pew Research Center³⁰, el número de personas que vive fuera del país de nacimiento ha pasado de 153 millones en 1990 a 258 millones en 2017. Igualmente el aumento de los migrantes en la población global está aumentando, en el 2017 llegó a un 3,4% en comparación con el 2,9% de 1990. En el caso de Europa, estos records de cifras en la migración global se corresponden con un creciente desinterés hacia la inmigración. En los países donde se han acogido a más solicitantes de asilo, un elevado porcentaje de la población opina que se deberían admitir a menos inmigrantes, o a ninguno. Con cifras de un 82% para Grecia, un 71% en Italia y un 58% en Alemania.

Para los partidos de izquierda plantear esta cuestión tiene un elevado coste político. En noviembre del 2018 la candidata presidencial por el Partido Demócrata, Hillary Clinton, quien durante la campaña electoral a la presidencia adoptó el eslogan «acogemos a los inmigrantes, no los denigramos», concedió una entrevista al diario británico *The Guardian*³¹. Hillary Clinton, apuntó hacia la inmigración como el desencadenante del auge de los populismos: «Creo que Europa necesita manejar la inmigración porque fue lo que encendió la llama», declaró, «admiro la postura tan generosa y compasiva que han tomado de modo particular dirigentes como Angela Merkel, pero creo que es justo decir que Europa ya ha cumplido, y debe enviar un mensaje muy claro, *no vamos a ser capaces de continuar propor-*

²⁹ FRUM, David. «If Liberals Won't Enforce Borders, Fascists Will». *The Atlantic*. Abril 2019, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2019/04/david-frum-how-much-immigration-is-too-much/583252/>.

³⁰ CONNOR, Phillip; KROGSTAD, Jens Manuel. «Many worldwide oppose more migration – both into and out of their countries». *Pew Research Center*. December 10, 2018, <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/12/10/many-worldwide-oppose-more-migration-both-into-and-out-of-their-countries/>.

³¹ WINTOUR, Patrick. «Hillary Clinton: Europe must curb immigration to stop rightwing populists». *The Guardian*. 22 noviembre 2018, <https://www.theguardian.com/world/2018/nov/22/hillary-clinton-europe-must-curb-immigration-stop-populists-trump-brexit>.

cionando refugio y apoyo, porque si no nos ocupamos con las cuestiones de la migración, estas continuarán enturbiando la vida política». La respuesta no se hizo esperar, y recibió todo tipo de críticas por parte de los sectores progresistas. Jamil Smith del Rolling Stone, definió sus comentarios de racistas y una «capitulación repugnante»³². El New York Times señaló que sus palabras generaron rechazo entre «una variedad de académicos, defensores de la inmigración y eruditos de la derecha y la izquierda, algunos de los cuales estaban tan perplejos que se preguntaban si tal vez H. Clinton se había expresado mal»³³.

La inmigración, argumenta Frum, ofrece una serie de ventajas, incluido su efecto positivo sobre el envejecimiento de la población occidental. Pero sus beneficios están repartidos de un modo desigual. Sacan mayor provecho las clases con más ingresos que se enriquecen al pagar salarios más bajos, mientras que la clase trabajadora local, con ingresos menores, no obtiene ninguna ganancia, incluso en algunos casos puede resultar perdedora. Los altos niveles de inmigración convergen con otros factores como el ensanchamiento de la brecha que separa a las clases con más ingresos del resto, la velocidad de cambio de la composición cultural de las sociedades, el descrédito de las élites políticas y económicas, y la capacidad de destrucción de empleo de las economías de conocimiento, a lo hay que añadir los desafíos que planteará en un futuro inmediato la automatización sobre el mercado laboral.

El cambio en las tendencias demográficas juega un papel importante. En la actualidad en Estados Unidos los inmigrantes tienen más hijos que el resto de la población. Los norteamericanos de clase media han pasado de tener tasas elevadas de crecimiento a muy bajas, hasta el punto de no alcanzar la tasa de reemplazo: «Cuando los nativos tienen muchos hijos propios, los inmigrantes son vistos como refuerzos. Cuando los nativos tienen pocos hijos, los inmigrantes son vistos como reemplazos», lo que afecta a la percepción del colectivo inmigrante. Según un estudio realizado por el Instituto de Investigación de Religión Pública y The Atlantic³⁴, cerca de la mitad de la clase trabajadora blanca norteamericana coincidía con la siguiente afirmación, «las cosas han cambiado tanto que a menudo me siento como un extranjero en

³² SMITH, Jamil. «I think Europe needs to get a handle on migration because that is what lit the flame» of white nationalism there, said @HillaryClinton. That is a sickening capitulation on her part. You don't stop racism by giving in to racists. 9:43 - 22 nov. 2018. Tweet.

³³ STEVENS, Matt; SPECIA, Megan and KINGSLEY, Patrick. «Hillary Clinton Says Europe Must 'Get a Handle' on Migration to Thwart Populism» *New York Times*. 22 noviembre 2018, <https://www.nytimes.com/2018/11/22/world/europe/hillary-clinton-migration-populism-europe.html>.

³⁴ JONES, Robert P.; COX, Daniel and LIENESCH, Rachel. «Beyond Economics: Fears of Cultural Displacement Pushed the White Working Class to Trump | PRRI». *The Atlantic Report*. 2017, <https://www.prii.org/research/white-working-class-attitudes-economy-trade-immigration-election-donald-trump/>.

mi propio país». Estos cambios estructurales en la composición social serían los causantes del auge de las políticas iliberales y del apoyo a figuras autoritarias. Tesis reforzada por un estudio clásico del 2005 de Karen Stenner³⁵ que estableció cómo en una población dada, aproximadamente un tercio de ellas posee predisposiciones autoritarias. En circunstancias estables esta tendencia se encuentra inactiva, en estado latente. Pero cuando la cohesión social se ve amenazada, bien sea porque la cultura parece fragmentarse o porque los gobernantes son percibidos como indignos de confianza, se activa. Según el *Washington Post*³⁶, de seguir con las políticas migratorias actuales en el 2044, EE. UU. será un país en el que las minorías serán mayoría. Si se redujese la inmigración a la mitad se retrasaría en cinco años. Teniendo en cuenta estos cambios demográficos, es de prever que la situación se acentúe más.

David Frum es contundente. El fenómeno de la inmigración hay que analizarlo como una cuestión demográfica. Las altas tasas de natalidad en los países de origen contrastan con las bajas entre los nativos de destino produciendo un desafío en torno a la cohesión cultural. La presión migratoria continuará aumentando. Países como Egipto, Bangladesh o Pakistán, verán incrementar su población en un 50% para el 2050. Tarde o temprano, los partidos de la izquierda tendrán que tomar medidas restrictivas a la inmigración: «Si los progresistas insisten en que solo los fascistas fortalecerán las fronteras, entonces los votantes contratarán a los fascistas para realizar el trabajo que los progresistas rehúsan hacer»³⁷.

En esta línea, William Galston señala que la inmigración, los cambios demográficos y el miedo al desplazamiento cultural fueron determinantes para el Brexit y la llegada de Trump. «Es hora de un debate abierto y contundente sobre las cuestiones de inmigración, política de identidades y nacionalismo que los progresistas han evitado durante un largo tiempo»³⁸. La preocupación por las consecuencias de la migración tiene una vertiente económica, el «fontanero polaco» en el Brexit, o el miedo a que se colapse la sanidad pública, y otra de tipo identitario y cultural. Esta última relacionada con la amenaza del terrorismo islamista dirigido hacia las instituciones occidentales o el miedo a que islam y democracia liberal resulten incompatibles. En general, se percibe que la circulación de la población conduce a una pérdida

³⁵ STENNER, Karen. *The Authoritarian Dynamic*. New York: Cambridge University Press 2005.

³⁶ STEIN, Jeff; VAN DAM, Andrew. «Trump immigration plan could keep whites in U.S. majority for up to five more years». *The Washington Post*. 6 febrero 2018, https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2018/02/06/trump-immigration-plan-could-keep-whites-in-u-s-majority-for-up-to-five-more-years/?utm_term=.11c369107453.

³⁷ FRUM. «If Liberals Won't Enforce Borders, Fascists Will».

³⁸ WILLIAM A., Galston. «What Is to Be Done?». *The Hedgehog Review*: Vol. 19, N.º 3. Fall 2017, <https://hedgehogreview.com/issues/the-end-of-the-end-of-history/articles/what-is-to-be-done>.

de la soberanía nacional que se intenta compensar con un regreso al nacionalismo. En EE. UU. el «muro bello y grande» de Trump en la frontera de México sería un «símbolo poderoso de la recuperación de la soberanía nacional». A estos factores habría que añadir la disfunción política que arrastra la corrupción especialmente intolerable en tiempos de crisis económica. En Europa el duopolio ha generado un activismo extremo de la izquierda y derecha, una polarización de bandos. Entre la mayoría de las personas, la clase política es percibida como un grupo privilegiado, lo que genera sentimiento de exclusión y agravio. Mientras la clase media avanza socialmente, la posición ventajosa de la clase política pasa más desapercibida. Cuando lucha duramente para quedarse tal y como está, es lógico que crean que los políticos prosperan a costa suya.

Judis y Teixeira³⁹ ponen el foco en la importancia de los cambios demográficos en términos formativos y de cálculo de las políticas electorales. Afirman que se está configurando una nueva mayoría democrática compuesta por las minorías hispana, afroamericana, asiática, mujeres, trabajadores de profesiones liberales, jóvenes y profesionales con formación superior que representa el futuro. Frente a esta mayoría la clase blanca trabajadora, cuya cuota electoral está disminuyendo, representaría el pasado. Esto no implica abandonar a la clase blanca trabajadora, solo limitar las concesiones a sus inquietudes. Esta tesis pareció confirmarse con la elección de Obama en el 2008 con el apoyo del voto de estas minorías y determinó la estrategia de campaña presidencial de Hillary Clinton.

Globalización y cambios en el orden mundial

Numerosos autores destacan la conexión de los nacionalismos populistas con las dinámicas de la globalización, las innovaciones, el efecto disruptivo que generan y la respuesta de la población en una búsqueda de protección frente a la inseguridad de los cambios. Todo ello produciría un repliegue del que el nacionalismo es una expresión.

La globalización, afirma Guy Hermet,⁴⁰ en su vertiente social, económica y cultural ha causado una crisis de identidad y un malestar de fondo que concierne a las expectativas de futuro que alimentan los populismos actuales. Contribuye también el hecho de que la soberanía de los Estados parece acercarse a su ocaso frente a estructuras supranacionales, bien sean de tipo financiero, o movimientos ideológicos como el islamismo, que actúan fuera de la lógica territorial. La globalización «destruye la lógica de las democracias, indisolubles de su marco histórico estatal y nacional». El proceso comenzó con la crisis petrolera de 1970 que socavó el modelo cohesivo de

³⁹ JUDIS, John B.; Teixeira, Ruy. *The Emerging Democratic Majority*. New York: NY Scribner 2002.

⁴⁰ HERMET. «El populismo como concepto».

la socialdemocracia puesto en marcha al finalizar la II Guerra Mundial, que puso fin a tres decenios de crecimiento económico ininterrumpido en Europa del Oeste y EE. UU. La soberanía popular, indisoluble de la de los Estados, ha ido perdiendo terreno. De poco sirve expresar la voluntad en las elecciones cuando los Estados ven limitada su capacidad de actuar por la influencia de los flujos transnacionales que obvian los deseos de los pueblos y no rinden cuentas frente a ellos. Otro factor precursor de este malestar ha sido la destrucción del medioambiente y la sobreexplotación de los recursos naturales, así como los cambios demográficos, con un aumento en países en vías de desarrollo y una disminución en los ricos. La clase gobernante se ha adaptado a estos cambios alterando el antiguo orden de pertenencia a la comunidad política; ha introducido el cálculo de la política de identidades que sigue el modelo pluralista basado en la identificación y agregación de minorías. Los dirigentes ya no se ocupan del interés general sino que prestan atención a las identidades desagregadas, lo que ha dejado fuera de juego a la clientela de las formaciones populistas que experimenta un anhelo por el antiguo orden de comunidad política.

Brecha cultural e identitaria

Las hipótesis culturales e identitarias sugieren que en última instancia son los valores culturales y las ideas las que configuran una visión del mundo desde la que se percibe el sentimiento de agravio y se definen los ideales de justicia. La brecha cultural e identitaria sería la causante de un poderoso sentido de resentimiento. Estas tesis no descartan la influencia del factor económico, pero sostienen que las personas interpretan su pérdida de poder en términos culturales. En varios sentidos la identidad –étnica, lingüística, religiosa–, estaría desplazando al concepto de clase como elemento central en la política actual.

Francis Fukuyama sitúa en el centro de su análisis el problema de la identidad y el *thymos*⁴¹, el anhelo de ser reconocido en la dignidad personal o colectiva. La no resolución por parte de las democracias liberales de esta aspiración despierta en individuos, grupos y naciones, un sentimiento de agravio que se expresa por medio de los movimientos nacionalistas, populistas e islamistas.

Para Fukuyama las explicaciones de índole económica son válidas pero insuficientes. Fundamentadas en los principios marxistas que afirman que las ideas son derivativas de las condiciones materiales, asumen que los conflictos políticos son el resultado de una lucha por el poder económico. La visión economicista de los «maximizadores de la utilidad racional» asume que los seres humanos son individuos racionales que buscan opti-

⁴¹ FUKUYAMA, Francis. *Identity. Contemporary Identity Politics and the Struggle for Recognition*. London: Profile Books 2018.

mizar su «utilidad», esto es, el bienestar material, y que la política no es sino la extensión de ese comportamiento. Esta premisa no permite explicar comportamientos tan dispares como la opción de renuncia de una madre Teresa de Calcuta, o el terrorista suicida que se auto inmoló por una creencia. Tampoco explicaría que en países en los que surgió el neoliberalismo, Reino Unido y Estados Unidos, el aumento de la desigualdad económica no haya resultado en un auge de los partidos de izquierda, sino en la elección de Trump y el Brexit.

Fukuyama no niega la importancia de la variable económica. Es cierto que los incentivos materiales cuentan, y que la globalización ha producido una clase de perdedores reales. Pero la psicología humana responde a mecanismos más complejos que la búsqueda del bienestar material. Las investigaciones en el campo de la economía conductual de Danil Kahneman y Amos Tversky han mostrado que las personas en la práctica no actúan por criterios racionales y prefieren comportamientos predeterminados, como reproducir el funcionamiento de otros en lugar de analizar, decidir y adoptar estrategias óptimas. Igualmente, la rabia que agita los movimientos populistas y nacionalistas no se debe tanto a un empeoramiento de las condiciones económicas en términos absolutos como a una percepción de pérdida de poder relativo de un colectivo frente a otro. La conexión entre riqueza y estatus es relativa, lo demuestra una investigación de Robert Frank que explica cómo el 10% de los nigerianos más ricos muestran el mismo nivel de satisfacción que sus equivalentes alemanes, a pesar de que los últimos son mucho más ricos en términos absolutos.

En línea con el enfoque del sociólogo Max Weber, Fukuyama establece que las ideas preceden a los cambios materiales, si bien explicita que existe una interdependencia entre ambos. Las ideas tienen su propia lógica y proporcionan un marco cognitivo desde el que se da forma e interpreta el mundo material. Este por su parte, crea las condiciones para su difusión. Una de las ideas más poderosas que surge con la Modernidad es el principio de identidad individual. Esta noción surge en Occidente durante la Ilustración, aunque sus raíces se hunden en la Reforma.

Las sociedades antiguas carecían del concepto de identidad tal y como lo entendemos en la actualidad. Existía un anhelo de reconocimiento de la dignidad personal, el *thymos*, que lo satisfacían unos pocos, generalmente aquellos que pertenecían a las élites. En estas sociedades tradicionales la socialización de las normas resultaba esencial para organizar la cooperación y supervivencia de la especie. El pluralismo, la diversidad y la elección no tenían cabida. En su lugar, las relaciones seguían un ordenamiento jerárquico regulado por criterios de edad y género. Todo cambió con las transformaciones que tuvieron lugar durante el periodo de modernización en Europa, un proceso que dio lugar a la revolución comercial e industrialización, y del que surgieron la libertad de conciencia religiosa, innovaciones tecnológicas

y nuevas ocupaciones, lo que permitió ensanchar el horizonte de elección. Apareció el individuo y la identidad se popularizó y masificó.

Los pilares de la identidad se establecieron con la percepción de una disyuntiva entre el «yo interior» –el auténtico que buscaría realizarse–, y el entorno exterior, dando lugar a la creencia de que existe una identidad auténtica propia, consustancial a cada individuo que de algún modo no encaja con los roles asignados por el entorno social. Las revoluciones, comenzando por la francesa, y la lucha por la libertad y la democracia fueron las consecuencias políticas inmediatas. Considerando la dificultad que entraña responder a preguntas del tipo «¿quién soy realmente?», las identidades colectivas aparecerían como respuesta explicativa y canalizarían por la vía política la búsqueda del reconocimiento o *thymos*, y en su ausencia, la expresión del agravio, la protesta y la lucha por el reparto del poder entre los distintos colectivos. Esta es la cuestión que subyace al auge de los nacionalismos, populismos e islamismo. Trump moviliza a sus seguidores al grito de «*America first*», el mundo musulmán se resiente de la «humillación» de Occidente, y Xi Jinping recurre a los «cien años de humillación», en referencia a la presencia de poderes coloniales en China durante el pasado siglo. En todos los casos se comparte la creencia de que la identidad colectiva no ha recibido un trato y, por lo tanto, un reconocimiento, adecuado.

La búsqueda del reconocimiento identitario ha fortalecido la política de identidades, «la lente por la que en la actualidad se ven la mayoría de las cuestiones sociales a lo ancho del espectro ideológico»⁴², favoreciendo la corrección política y la competencia entre los partidos para apelar a su electorado sobre la base de contenidos de género, étnicos o nacionalistas. Los grupos de identidad se diversifican y en consecuencia se reduce la posibilidad de ejercer una acción colectiva sobre la sociedad como un todo. Sin excluir la posibilidad de que al final se produzca una ruptura del Estado. Teniendo en cuenta que la globalización y expansión de los valores liberales están difundiendo la conciencia de la identidad individual, es de prever un aumento de los conflictos sobre la base identitaria.

La solución para Fukuyama pasaría por crear una única ciudadanía sobre principios liberales democráticos amplios e integradores, construidos sobre valores comunes, que generen cohesión desde la diversidad. Y en algunos casos redefinir la identidad nacional.

En su aproximación, Katherine Cramer⁴³, profesora de ciencia política en la universidad de Wisconsin-Madison, afirma que la clave para entender el auge del voto a figuras como la de Donald Trump se encuentra en un sentimiento de agravio que divide a la sociedad en torno al eje campo/ciudad.

⁴² FUKUYAMA, p. 122.

⁴³ CRAMER, Katherine J. *The Politics of Resentment: Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*. Chicago, IL: The University of Chicago Press 2016.

El marco tradicional que agrupa a los votantes según binomio ideológico izquierda/derecha, progresista/conservador, resulta desfasado a la hora de entender el comportamiento electoral reciente. Al igual que Francis Fukuyama, para Cramer es la identidad de grupo, la que modela la percepción del estatus quo.

Cramer dirigió su investigación hacia el caso de la victoria electoral del gobernador por el Partido Republicano en Wisconsin, Scott Walker, quien resultó ser el candidato preferido de las clases trabajadoras. Una vez elegido en el 2010, Walker adoptó una serie de medidas que perjudicaban los intereses económicos de los sectores socialmente más atrasados, entre ellas la bajada de los impuestos a las rentas más elevadas o su compromiso con reducir la capacidad negociadora de los sindicatos. En las elecciones del 2014 Walker fue elegido de nuevo. Al igual que Donald Trump la victoria de Walker plantea la incógnita de cómo a pesar de la creciente desigualdad entre los que ganan más y el grueso de la población, los perdedores de esta brecha han podido votar a un partido y a un candidato partidario de reducir medidas de bienestar social que les hubiesen beneficiado.

El estudio, con un enfoque etnográfico, se fundamenta en entrevistas a trabajadores de las zonas rurales de Wisconsin, la mayoría población blanca. Las entrevistas traslucen la forma de pensar de los votantes rurales, movidos por un profundo enfado y «resentimiento» hacia los funcionarios y élites urbanas que se muestran desconectados de las necesidades rurales. Esta acusación de abandono de las zonas rurales por parte de la administración central, obedece más una percepción que a la realidad y no coincidía con los datos objetivos. Como prueba el trabajo de Mother Jones⁴⁴, la mayoría de los condados rurales de Wisconsin recibieron en ese periodo más ingresos per cápita por parte del Estado que los condados urbanos. Las preocupaciones más bien daban voz a una «conciencia rural» que expresaba una visión de justicia e injusticia en términos de quién se lleva qué y quién lo merece más. En palabras de la autora, «en la política de resentimiento las personas entrelazan las consideraciones económicas con las sociales y culturales y con las interpretaciones que hacen del mundo»⁴⁵. Esta conciencia identificaba a la población rural con valores como la sencillez, el compromiso con el trabajo duro y el arraigo a un lugar, valores que configuraban un retrato orgulloso y que se oponía frontalmente al de los urbanitas de las grandes ciudades, en términos de estilo de vida y ética del trabajo. La tesis del divisorio campo-ciudad sugiere que los votantes rurales ven a los gobernantes como una clase política urbanita que les ignora y utiliza sus impuestos para mantener a los funcionarios de las grandes ciudades, pagar sus sueldos, se-

⁴⁴ DRUTMAN, Lee. «Trump's Supporters Revealed». *The Washington Monthly*. Washington: Nov/Dec 2016, pp. 41-43, <https://search.proquest.com/politicalscience/docview/1836573294/A0B11106977D4ED4PQ/8?accountid=14514>.

⁴⁵ CRAMER. *The Politics of Resentment*, 7.

guridad social, y pensiones. Un estilo de vida que ellos no se pueden permitir. De este modo, argumentan, es mejor ignorar al gobierno que permitirle que siga premiando a aquellos que no se lo merecen (el sector público).

El trabajo de Cramer, que ayuda a explicar por qué Trump ganó en Wisconsin y otros estados del Medio Oeste, expone también una tendencia global mayor, la creciente polarización entre dos bandos políticos, el de los progresistas y el de los conservadores. La brecha partidista campo-ciudad puede explicar el comportamiento electoral de otras democracias industriales como en el Reino Unido, donde el apoyo para abandonar la UE fue mayor en las áreas rurales que en Londres. El mapa del voto del Brexit reflejaría una divisoria similar entre la visión de futuro de la población en las grandes urbes y el resto⁴⁶. Cerca del 60% de los votantes de las áreas de las grandes ciudades como Londres, Manchester y Liverpool, querían permanecer en la Unión Europea. Aquellos que vivían en pequeños núcleos votaron por salir.

En una aproximación paralela, el académico sueco Bo Rothstein⁴⁷, afirma que se ha producido un divorcio entre la clase trabajadora industrial y los intelectuales de la izquierda que en la actualidad tienen visiones completamente opuestas sobre cuestiones sociales y políticas. La clase trabajadora tradicional favorece el proteccionismo de un tipo de trabajo que la innovación tecnológica y las preocupaciones medioambientales están dejando atrás. También mira con desconfianza la inmigración. Los intelectuales de izquierda, por el contrario, son internacionalistas, ecologistas, están a favor del comercio libre y apoyan a los grupos minoritarios por medio de la política de identidades. Tienen una disposición abierta hacia la inmigración y el multiculturalismo. Por eso en lugar de surgir entre los intelectuales de izquierda figuras como la de Olof Palme ganan peso los mensajes nacionalistas y xenófobos de Trump, Le Pen y Nigel Farage. En Suecia, una encuesta de opinión publicada en diciembre del 2015 evidenciaba que el partido al que más apoyaban los trabajadores sindicales de «cuello azul» era el nacionalista y xenófobo Demócratas Suecos, aventajando incluso a los socialdemócratas.

Cuatro grandes cambios sociales

Eatwell y Goodwin⁴⁸ proponen una hipótesis alternativa que descarta los enfoques antagónicos y excluyentes y destaca el carácter complementario de

⁴⁶ BADGER, Emily. «The Powerful Thing that Divides Britain Also Divides America». *The Washington Post*. 24 junio 2016, https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2016/06/24/the-powerful-thing-that-divides-britain-also-divides-america/?utm_term=.da133f43ffb6.

⁴⁷ Bo Rothstein, Bo. «The Long Affair Between The Working Class And The Intellectual Cultural Left Is Over». *Social Europe*. 10 febrero 2017, <https://www.socialeurope.eu/long-affair-working-class-intellectual-cultural-left>.

⁴⁸ EATWELL; GOODWIN. *National Populism*.

las distintas perspectivas. Estas se interrelacionan a través de cuatro grandes cambios sociales de calado profundo que preocupan a la población occidental, las «cuatro D».

Los autores desmienten previamente los diagnósticos realizados hasta el momento. El populismo nacionalista es anterior a la crisis financiera del 2008, a las medidas de austeridad o a la crisis de refugiados que ha recorrido Europa desde el 2014. Estas son creencias cómodas que nos permiten confiar en que el populismo remitirá una vez se corrija la economía y paren los flujos migratorios. El Frente Nacional se convirtió en una fuerza en Francia antes de la crisis, al igual que muchos norteamericanos se pasaron a las filas del partido Republicano antes de la llegada de Donald Trump.

Igualmente sería un error descalificar a los populistas como fascistas y xenófobos, o encasillarlos en la etiqueta de «hombre blanco enfadado». Puede que algunos lo sean, pero muchos más no son ni racistas ni ignorantes. Apoyan al colectivo LGTBI y la igualdad de derechos de la mujer, pero temen la capacidad del islam para adecuarse a los valores modernos occidentales, y en concreto los que conciernen a estos grupos. También son étnicamente diversos, en el caso del Reino Unido pertenecientes a minorías de origen asiático que han visto en los migrantes de la Unión Europea una amenaza a su posición, así como al trato preferente de sus familiares que quieren establecerse allí.

Tildar al populismo de antidemocrático o iliberal es otro estereotipo que no ayuda a comprender el fenómeno. El movimiento no es antidemocrático, solo se oponen a ciertos aspectos de la democracia liberal, tal y como se ha desarrollado en Occidente. Lo que quieren es *más* democracia, *más* referéndums, *más* empatía y *más* poder para el pueblo, en lugar de para las élites económicas y políticas. Corresponde a una concepción de la democracia directa, menos liberal, entendiéndolo como tal *elitista*.

El argumento tranquilizador de que son movimientos de transición de un orden, el de los hombres blancos mayores, que serán reemplazados por los jóvenes *millennials* nacidos entre los 80 y 2000, mucho más abiertos y tolerantes, es desmentido por la creciente presencia de jóvenes entre los votantes de los partidos populistas. Más bien al contrario, podríamos estar a punto de comenzar otra era de fragmentación política y volatilidad.

Finalmente, contrariamente a lo asumido, el populismo es una corriente internacional que actúa en un marco de acción amplio, por medio de conexiones internacionales. Lo evidencian los viajes de Steve Bannon por Europa, los contactos de Trump con Nigel Farage, quien a su vez tiene relación con otros grupos populistas como Alternativa por Alemania, o la formación, en 2014, de una alianza de partidos políticos populistas nacionalistas dentro de la Unión Europea, el Movimiento Europa de las Naciones y de las Libertades (MENL).

Se trataría de un movimiento que plantea cuestiones legítimas para la democracia, entre otras una crítica al aislamiento de las élites y su desconexión de la vida de las personas corrientes, la erosión del Estado nación, la capacidad de las sociedades occidentales de absorber las crecientes tasas de inmigración, el «cambio hiper étnico» que no tiene precedente en la historia moderna, y la creciente desigualdad económica.

El populismo nacionalista gira en torno a cuatro cambios sociales de calado profundo que preocupan a la población de Occidente y que Eatwell denomina «las cuatro D», estos serían: *desconfianza* hacia los políticos y las instituciones por haber dado la palabra a grupos históricamente marginados (mujeres, minorías étnicas), en detrimento de la representación de grupos clave, lo que les lleva a pensar que no tienen voz en las conversaciones nacionales; *destrucción* de la identidad del grupo nacional histórico. La creencia en que los políticos progresistas, organizaciones transnacionales y finanzas globales están erosionando la nación y su identidad al apoyar las migraciones en masa, con el consecuente hiper-cambio étnico, mientras que el discurso «políticamente correcto» silencia a la oposición. En algunos casos, este discurso se relaciona con hechos reales, como los rápidos cambios étnicos de Reino Unido. No es así en el caso de Hungría y Polonia, con bajos niveles de inmigración; *deprivación* relativa a causa del aumento de la desigualdad propiciado por el orden económico neoliberal y la globalización de la economía. Es «relativa» porque no se está peor que antes, sino «en relación» a otros, suceso estrechamente ligado a cuestiones como la inmigración y la identidad. *De-alineamiento* (desajuste), debilitamiento de los lazos entre los partidos principales y las personas; ha terminado la era democrática de los partidos estables, del bipartidismo e irrumpen nuevos actores políticos.

Eatwell y Goodwin pronostican un avance de los populismos nacionalistas porque los factores que están propiciando las transformaciones en el estatus quo –cambios demográficos (a la baja en Occidente, y en alza en la periferia) e inmigración y aumento de la desigualdad– no van a desaparecer en un futuro próximo

Conclusión

Disociación de la política y la economía, cambio de paradigma global, expansión del individualismo, movimientos migratorios, pérdida de soberanía de los Estados... Los fundamentos teóricos y empíricos que explican la oleada de populismos nacionalistas que recorre Occidente son múltiples. Comenzamos mencionando la dificultad a la hora de alcanzar un consenso en la definición del fenómeno del populismo. El uso académico del término se ha utilizado para explicar acontecimientos políticos de diversa índole. Algunos autores consideran el populismo un síntoma de salubridad en la evolución política, una reacción popular frente al incumplimiento de los cometidos propios de las instituciones de gobierno. Otros por el contrario lo consideran

una degradación de la democracia. Sí existe acuerdo sobre la centralidad del binomio antagónico pueblo-élites.

Este capítulo se ha centrado específicamente en dos aproximaciones. Por una parte las explicaciones economicistas que enfatizan las profundas transformaciones surgidas con la globalización y la irrupción de la sociedad del conocimiento. Alternativamente, las tesis culturales e identitarias.

La narrativa economicista resalta las dinámicas desestabilizadoras de la globalización. La neolibertización de la política ha favorecido la creación de estructuras financieras supranacionales en detrimento de la soberanía de los Estados. Las clases medias occidentales, posicionadas en el bando perdedor de la globalización, han manifestado su malestar y desafección con un sistema causante de crecientes desigualdades, apoyando a los partidos populistas que prometen recuperar la soberanía nacional- popular y plantean su crítica al capitalismo global en clave étnico-nacionalista y xenófoba.

Los movimientos migratorios adquieren en todos los casos un papel relevante y por lo general se convierten en detonante, tanto por sus implicaciones de carácter económico como por los dilemas propios de la gestión del multiculturalismo. Las variables que permiten entender esta cuestión son el cambio en las tendencias demográficas, con un crecimiento al alza en los países en vías de desarrollo y a la baja entre las clases medias-alta de los países ricos, el aumento sin precedentes de las migraciones globales, y el desfase entre la velocidad de las transformaciones demográficas y asimilación de los cambios. La falta de habilidad por parte de los partidos de izquierda para tratar esta cuestión ha permitido a las formaciones populistas ocupar un espacio central.

La identidad y su fundamento cultura proporcionan las claves de la comprensión del fenómeno populista en un importante número de académicos. La identidad, "la forma primaria de todas las ideologías", como resaltó Theodore Adorno, facilita la significación del individuo en el marco social. El factor económico, que no es descartado, ahondaría la brecha identitaria causando un profundo resentimiento. Esta brecha se manifiesta en diferentes disyuntivas: el individuo frente al orden tradicional establecido; internacionalismo vs. localismo; divisoria campo-ciudad; generación *millennial* vs. "hombre blanco", serían las más frecuentes.

Por último, vimos un enfoque inclusivo centrado en las dinámicas resultantes de la discordancia entre el funcionamiento de la democracia a nivel nacional y la creciente globalización de la economía de mercado. En este caso, identidad, neoliberalismo global y cambios demográficos actúan como vectores convergentes e incidentes en una crisis estructural.

Diferentes perspectivas para un fenómeno que se manifiesta en contextos múltiples. Las tesis economicistas permiten analizar el auge del populismo desde la óptica de los perjudicados por la globalización, en este sentido,

proporcionan un marco de análisis válido para una franja de población concreta en los países occidentales. Pero difícilmente serían aplicables a casos como el del triunfo aplastante del líder del Partido Nacionalista Hindu, BJP, Narendra Modi, apoyado, entre otros, por la emergente clase media india, posicionada en el "bando ganador" de la globalización. Las consideraciones identitarias, por el contrario, ofrecen la posibilidad de explicar los populismos desde contextos geopolíticos más amplios y diversos.